

LEILA NACHAWATI

Cuando la revolución
termine



© 2016, Leila Nachawati Rego

Diseño de la colección y cubiertas: © García y cía

© 2016, Ediciones Turpial, S. A.
Guzmán el Bueno, 133
28003 Madrid
www.turpial.com

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-95157-94-2
Depósito legal: M-12155-2016
Impreso por EXPERTOS EN IMPRESIÓN P&S, S.L.

Printed in Spain

*A Juanjo Boya, mi agente literario, y a Maite Barrera,
primera correctora de estos textos. A mi amigo
Santi Alba Rico, que creyó en este libro
y me animó a seguir adelante*

*A mis padres, Ayman y Ángeles,
por sus principios, sus recuerdos
y sus ilusiones contagiosas.
A Nadia y Samer, compañeros de luchas.
A mis tíos y primos paternos,
a los que espero volver a abrazar pronto*

*A todas y cada una de las personas que acudieron
a la plaza de la Platería Martínez
tantos domingos de 2011*

Los expertos en certificar la muerte no lloramos

Tengo que ver vídeos de víctimas para asegurarme de su identidad y de los detalles de su muerte. Son decenas a diario, y en los días en que se hacen añicos los cimientos de los edificios son centenares en apenas horas. La media de visionado de cada vídeo es de un minuto. En una hora puedes ver sesenta cadáveres, a no ser que las tomas sean de masacres colectivas. En esos casos las cifras se multiplican.

Cadáver tras cadáver, algunos amortajados y otros aún envueltos en sus heridas y su sangre. En algunas caras se vislumbran el terror y la sorpresa: «¿Eres tú, muerte?». Otras caras parecen dormidas por la paz que reina en su rostro, y también las hay bellas, de piel suave y boca pequeña fruncida, con una sonrisa inteligente apenas esbozada. Las víctimas infantiles y su eternidad en nuestro espíritu.

Las mujeres son las que menos aparecen en los vídeos, y se hace necesario dibujar los rasgos de la víctima en tu imaginación. Las mujeres mártires se van con el silencio de YouTube y en muchas ocasiones no se nos permite presenciar los ritos de duelo en los primeros momentos de ausencia.

Sin embargo, las tomas más dolorosas son las que muestran cómo las víctimas aspiran sus últimas bocanadas de aire. En esas situaciones te ves obligado a respetar el instante y no cambiar a otro vídeo o documento. Debes apretar la mano del que está tendido ante ti en la pantalla del ordenador, clavar la mirada en sus ojos aunque el dolor los aparte, escuchar sus estertores. Tal vez diga algo en la lengua de la distancia entre la vida y la muerte. Tal vez lance una disculpa a un ser querido o un «te echaré de menos» a una madre. Tal vez simplemente cante... Querías escuchar, pero los que rodean el cuerpo incorporado por el dolor no te dejan recibir el mensaje. Se gritan unos a otros: «Di la profesión de fe, di la profesión de fe». Si estuviera en su lugar, tal vez desearía que me dijeran que voy a vivir, y cerrar mis ojos con la bella esperanza de volver a mis seres queridos. O tal vez querría que alguien me abrazara en mis últimos momentos y acariciase mi cabeza en silencio. Más aún, la mayoría de esos cortes terminan antes de que el espíritu salga del cuerpo, y los últimos estertores se quedan en la memoria sin que llegue nunca el silencio de la muerte.

Hay muy pocos vídeos de víctimas que grabaran unas frases antes de morir. Algunos no contienen más que sus miradas y unas palabras a sus seres queridos. Abd al Muhaymin al Yunis está tendido sobre la hierba, frente a su rifle, retorciendo entre sus dedos los palitos del suelo. Nos pide que, si muere, recemos por él, y luego dice que echa de menos a su madre. Casi podemos ver lágrimas en sus ojos. Sin embargo, los héroes del Ejército Sirio Libre no lloran, y por eso aparta su rostro de la cámara y pide al que graba que deje de hacerlo.

Me gustaría llorar cada vez que recuerdo los detalles del vídeo, pero no lo hago: los expertos en la muerte tampoco lloran. No logran derramar sus lágrimas ni siquiera ante un padre en la ciudad de Rastán que corre como un loco llevando entre sus brazos a su hijo con la parte inferior del tronco convertida apenas en un esqueleto, como consecuencia de un proyectil que acabó con su vida pero dejó la cabeza reconocible, para que el padre pudiera distinguir a su hijo y acariciarle el pelo por última vez.

La historia de los padres y los hijos es otra historia en los vídeos grabados de las víctimas. Generalmente, cuando la familia está presente, el ambiente está cargado de llanto, lamentos y albórbolas de tristeza que salen de gargantas quemadas por el dolor. La madre eleva plegarias al cielo para que los asesinos prueben la sensación de incendio en el corazón que se produce al ser privado de lo que ha nacido de tu ser, y los hijos elevan plegarias para que los asesinos prueben la angustia de la orfandad y la pérdida. Uno de los niños me sorprendió con su insistencia en que su padre no se había ido porque sus ojos estaban clavados en los del niño, y no dejaba de decir a los que miraban el cadáver que estaba vivo: «Os lo juro, está vivo, tiene los ojos abiertos».

Algunas madres nos engañan, o al menos lo intentan; despiden a su hijo sin derramar una sola lágrima, en voz baja y con mucha calma, como si el monte hablase desde su cima o el valle desde su garganta. Lo consideran un mártir a ojos de Dios y esconden su dolor no sé dónde ni cómo. A esas las quiero mucho. Son expertas en certificar la muerte, saben bien qué significa no poder llorar cuando uno debe aguantar el llanto. ¿Acaso la congoja no es un derecho humano funda-

mental inalienable en momentos como ese, omitido por error en los convenios internacionales?

Los detalles de la muerte son interminables, están en miles de vídeos grabados. Los expertos como nosotros en certificar muertes no lloran, les basta con ser testigos con la boca vacía y el ceño fruncido. En momentos concretos escuchan una voz que aúlla en su interior y no dejan de preguntarse si ellos, los que certifican la muerte a través de las pantallas de sus aparatos o los que lo hacen usando sus dedos y sus manos, volverán un día a ser seres *naturales* o si la muerte los habrá dejado en una especie de limbo para siempre.

Razan Zeitouneh

Texto escrito para el portal *Souriat*
antes de que la abogada fuera secuestrada
en diciembre de 2013

[Traducción de Naomi Ramírez]

PARTE PRIMERA

Diario de Sarah

Madrid, julio-agosto de 2014

Llevo dos años y medio sin ver a tu padre. Nadie ha sabido de él desde que desapareció en las afueras de Duma, así que no puedo hacer otra cosa que esperar. La Sarah de 2011 habría corrido a buscarlo sorteando minas y cascotes en calles plagadas de francotiradores. No por valor, sino por desesperación, porque el terror de pisar el nido de psicópatas habría resultado más soportable que la angustia de imaginar esos dedos de alimañas sobre su piel. La Sarah de 2014, en cambio, te tiene a ti, que eres mucho más importante que mi vida, y más importante que la de tu padre. Como yo no soy una verdadera revolucionaria, no sé si sacrificaría mi propia vida, pero estoy segura de que no sacrificaría la tuya, como sí hicieron el heroico Abu Ali, de Alepo, y su esposa Om Ali con la de sus hijos. Los revolucionarios como ellos, como todos los que se quedaron con su familia en zona de guerra, eligieron apostar todo a una sola carta para que sus hijos tuviesen, algún día, una vida que mereciera la pena. Yo no soy valiente, ni heroica, y elijo tu piel suave y caliente bajo las mantas,

tus rizos pegados a las sienes, tu olor a sudor y a leche tibia, tu respiración. Y no creo que ni la causa más noble fuese capaz de hacerme renunciar a todo eso.

Por eso espero y espero, una vida en espera a la que sólo tú y la propia espera dais sentido. Algunos días espero con euforia, porque si no hay un cuerpo que velar, hay que celebrar la posibilidad de que pueda estar vivo. Otros días espero con rabia, porque si no hay cuerpo, no puedo velarlo y, si lo hay, lo estarán atormentando sin consuelo, como ya hicieron durante semanas en la Sección Aérea de los servicios secretos. Sin el consuelo de saber que te tiene, que te tenemos, que incluso si perdemos la revolución, a ti te tendremos siempre. Otros espero con una tristeza inabarcable que me impide salir de debajo de las mantas para ir a recogerte a casa de la abuela, una tristeza que ni tus abrazos pueden curar. Y mientras espero, temo volverme amarga, alejándome de la persona que era y convirtiéndome en una carcasa que ya no cree en nada, que no alberga pasión ni fe, que sólo puede recordarlas o soñarlas. Para no caer en la amargura escribo este libro. Para que tú conozcas el pasado del que venimos y el futuro que sueño para nosotras.

Hay años que una ve pasar por delante y que sólo con el tiempo y la perspectiva coloca en el lugar que les corresponde. Una no es consciente de las huellas profundas que ese tiempo ha ido imprimiendo hasta que lo valora con distancia. Pero 2011 no fue uno de esos años. En 2011 teníamos la impresión, no, la certeza, de estar haciendo historia. La voluntad, la determinación, la firmeza de estar escribiéndola cada día. De contarla mientras la construíamos, movidos por el desprecio

hacia unos gobernantes que nos despreciaban. 2011 todavía me duele. Me pone nostálgica, me llena de una esperanza furiosa que no sé cómo canalizar, de una rabia retroactiva que no hay contra quién descargar. Para que sepas quiénes eran realmente tu padre, tus abuelos, quién soy yo, quién eres tú, quiero contarte ese año que lo cambió todo. Lo cambió todo para el mundo y lo cambió todo para mí, porque sin 2011 no existiría lo más importante de mi vida, que eres tú, mi pequeña Sham. Siempre has sido tú, aunque a veces no haya sabido, no sepa, no sabré transmitirlo.

Esta mañana me ha despertado un intenso olor a cebolla dorándose a fuego medio en mantequilla. Por un momento he pensado que estaba en Damasco, pasando uno de tantos veranos en la casa de mi padre. El olor entraba por la veranda impregnando las cortinas, cebolla dorada y dulce inundándolo todo, extendiéndose melosamente por la garganta, abriendo los pulmones e invitando a fantasear. ¿Un arroz con guisantes, piñones y carne picada? ¿Un sofrito para judías verdes con tomate? ¿Un relleno para *kusa* al horno? Por un momento creí que lo ocurrido estos tres últimos años había sido una pesadilla, que Siria seguía siendo como yo la recuerdo. Aterradora pero hermosa, entera, viva. Que no hubo represión, ni guerra, ni genocidio. Que los cuerpos no se amontonan bajo los escombros, que los edificios siguen en pie, que no han muerto cientos de miles, que millones no han perdido sus hogares, que no son recibidos en medio mundo como apestados y con indiferencia o cansancio en el resto. Ya despierta, me abandoné a esa idea, fantaseando con la Siria que conocí y que ya no está, que ya no es. Reviviéndola, oliéndola, saboreándola.

Fantasear con la posibilidad de dar marcha atrás es una trampa que parte de la idea de que había opciones. Y no las había. Implica, también, faltar al respeto a Ghiath Matar y a los que como él dieron un paso adelante por el bien de todos. A tu padre, que solía decirme que cuando un pueblo es de repente consciente de hasta qué punto ha estado sometido, le resulta impensable soportarlo un día más. Que no hay marcha atrás, sólo hacia adelante. Lo decía cuando lo conocí y lo seguía diciendo cuando nos despedimos, a pesar del dolor, o quizás a causa del dolor. Reafirmado por el dolor.

Escribir me da fuerzas, me alivia y me ordena. Siento que contándote lo que sucedió en 2011 me recupero, me acerco un paso más a poder mirar a tu padre sin miedo ni vergüenza cuando volvamos a encontrarnos. Quiero que esté orgulloso de mí, que lo estéis los dos. Quiero, también, que la memoria de ese comienzo revolucionario no se pierda, que no olvidemos que nuestra causa era justa, que vencer no es con vencer, que ni todas las derrotas del mundo pueden cambiar eso. Y quiero cumplir con mi palabra para no decepcionar a Wafa, a Mazen y a todas las personas a las que tuve la suerte de conocer. Les prometí que contaría su historia.

Para poner en orden lo que sucedió aquel año que lo cambió todo, debo remontarme un poco en la historia. A finales de 2010, antes de que comenzaran los levantamientos que marcaron lo que ha pasado a la historia como Primavera Árabe, nos encontrábamos en plena vorágine de cambios presididos por la irrupción de la tecnología en todos los ámbitos de nuestra vida. Éramos víctimas de una fiebre tecnológica que hacía que a

menudo las herramientas nos impidiesen ver más allá de la superficie. Estábamos tan fascinados por aquellas novedades que hubo unos momentos de locura en los que se bautizó a los levantamientos de la región como *revoluciones Facebook*. Me imagino que para cuando puedas leer esto ningún chaval de tu edad sabrá qué es Facebook, pero en 2010 no estar en Facebook significaba no existir socialmente.

Antes de incorporarme a la Escuela de Idiomas, trabajaba en el departamento de *marketing* de una empresa de consultoría y formación. Cuando mis jefes descubrieron que tenía un blog, me encargaron la gestión de las plataformas que todavía hoy, en 2014, hacen furor: Facebook y Twitter. *Community manager* se llamaba el puesto que ocupaba, y que en los años siguientes fue ramificándose en otros, todos con nombres en inglés: *social media manager*, *social media strategist*, *social media consultant*, *search engine optimizer*, *search engine marketer* y muchos otros que se sucedían y diluían a medida que la comunicación en internet se iba extendiendo. La empresa, como tantas en esos años, pasó de no tener presencia en internet a poner todas sus expectativas en la tecnología, pensando que esa innovación les salvaría la vida. De un día para otro se pasó de bloquear el acceso de los empleados a todos los sitios que no estuviesen estrictamente relacionados con el trabajo, especialmente las redes sociales, a obligarlos a hacerse perfiles en esas mismas redes sociales. Desde la distancia sonará absurdo, infantil, pero así éramos entonces. Niños fascinados por la tecnología.

Fue precisamente a través de esas herramientas como entré en contacto con la gente con la que tanto compartiría a partir de entonces. Empecé a conocer a

decenas de activistas de Irán, Túnez, Marruecos, Egipto, Baréin, Libia, Argelia, Siria y de tantos otros de esos países que nos habíamos acostumbrado a ver en los medios occidentales asociados a imágenes de extremismo y de violencia, y de los que poco más se contaba. Leía todos los análisis y reportajes que escribían, le fui dedicando cada vez más tiempo. Comencé a colaborar con la plataforma Global Voices, donde hice grandes amigos con los que pronto compartiría momentos inolvidables. Empecé a llevar una especie de doble vida, trabajando ocho horas al día por dinero y otras ocho por esa pasión que me descubría una cara del mundo desconocida y fascinante. Nunca en tantos veranos visitando a mi padre en Damasco había conocido a un solo activista sirio. Conocería a muchos a partir de entonces.

Los últimos ataques israelíes a Gaza están siendo un constante *déjà vu*. Las mismas declaraciones, las mismas excusas, los mismos nombres épicos para el acto de bombardear la franja de tierra más superpoblada del mundo. Te llevo a la manifestación del 20 de julio, de Cibeles a Sol, contra la Operación Margen Protector, cuando se cumplen cinco años y medio de la Operación Plomo Fundido.

Mucha gente me pregunta por ti, vienen a hacerte carantoñas, «qué preciosa está», «es increíble cómo se parece a su padre», dicen los que lo conocieron. Tú miras alrededor maravillada, te revuelves para que te deje en el suelo y poder explorar el terreno a tus anchas. Veo en tus ojos castaños el mismo brillo que en los de él, la misma curiosidad fascinada cuando pisó Madrid por primera vez.

Busco a mis sirios, que ya están en cabeza sosteniendo una bandera de la revolución. Una sencilla bandera blanca, verde y negra, con la palabra *hurriya*, «libertad», escrita en el centro, provoca agitación entre los asistentes. «Esto no va de Siria», los aborda un grupo de adolescentes españoles. «Palestina y Siria son una sola causa», les explica May, una joven hispano-libanesa, con paciencia infinita. «¿Acaso no habéis visto lo que está haciendo Asad a los palestinos de Yarmuk?», añade Laila, una amiga hispanosiria. Estrecho la mano al que alza la bandera y le pido que haga oídos sordos. Luego me alejo, contigo de nuevo en brazos. No quiero ver a los dogmáticos, no quiero oírlos ni dialogar con ellos, al igual que tampoco tengo intención de sentarme a charlar con Al Qaeda ni con ninguna de sus escisiones. Mientras nos echamos a un lado, oigo a un adolescente con gafas murmurar algo sobre los rebeldes sirios. «Gracias a vuestro apoyo ahora se está instaurando un califato en la región», masculla, frunciendo la nariz.

Seguiré acudiendo a las manifestaciones por Palestina, pero hace ya tiempo que no encuentro en ellas alivio ni desahogo. Ningún vínculo me une a esa extraña empatía selectiva.

«¡Arriba esa bandera!», oigo a mis espaldas la agradable voz de Adnan, mi amigo el librero y traductor palestino. Él mismo coge la bandera de la revolución siria y comienza a ondearla con aire festivo. Se vuelve para guiñarme un ojo y recuerdo nuestra conversación, tres años atrás.

Adnan lleva décadas viviendo en Madrid. Es un hombre de energía inagotable y contagiosa que no perdona una manifestación. Como tantos palestinos, luce

en la pared de su sala de estar la llave de la casa que su familia se vio obligada a abandonar de madrugada y a la que nunca les dejaron regresar. Aquel episodio y el modo en que lo recreaban algunos medios era uno de los pocos asuntos que conseguían sacar a Adnan de quicio.

—¡¿Voluntariamente?! ¿Todavía se atreven a decir que nos fuimos voluntariamente? —Enrojecía de ira cada vez que alguien se lo recordaba—. ¡Que me miren a la cara y me digan que mis padres y mi abuelo de ochenta años, que apenas podía caminar, se fueron de allí voluntariamente con cuatro trapos metidos en una bolsa! ¡Sinvergüenzas...!

Adnan nos acompañó a menudo a las concentraciones que celebrábamos cada domingo frente a la embajada siria entre abril y diciembre de 2011. Una mañana de agosto, tras la masacre de Ramadán en Hama, nos vio tan alicaídos que nos reprendió.

—Arriba esa bandera, gente. Que con estos ánimos no se nos va a acercar nadie.

—Cómo quieres que estemos, Adnan —le dije—. Hoy ha habido más de cien muertos, sólo hoy, y la mitad eran niños. Esto es insoportable.

—*Ya* Sarah, por insoportable que sea, tienes que recordar siempre lo afortunada que eres. —Y entonces añadió algo que recordaré siempre, algo que le recuerdo a él cada vez que nos encontramos—: Tienes mucha suerte porque tienes una causa. La mayoría de la gente pasa por la vida sin esto que tenemos nosotros. Sin una razón por la que vivir, sin algo infinitamente más grande que ellos mismos, que su vida, que sus alegrías y sus penas. Yo tengo una causa y mi causa me hace ir por la vida con orgullo, con la cabeza muy alta. Yo soy pales-

tino. Yo soy palestino —repitió, con ese sonido más parecido a una be que a una pe que raramente abandona a los árabes de Oriente, pasen los años que pasen hablando otro idioma—. A ver, dilo tú: «Yo soy siria».

—Yo soy siria —dije sonriendo.

—Así no, con fuerza. Dilo bien.

—YO SOY SIRIA.

Libro de Mazen

*La vida antes de la revolución,
Damasco, marzo de 2011*

Yarmuk

«Yo soy palestino», se presentaba Mazen Said, daba igual que hubiese nacido en Siria. Era una identidad transmitida por su padre, nacido en el *mujayam* Yarmuk a finales de los años cincuenta, cuando aún era un campo de refugiados, y en especial por su abuela, que nunca superó la caída de su ciudad, Safed, en manos de los paramilitares de la Haganá. El alimento cotidiano de historias y recuerdos de Om Saleh les había legado su memoria, su desarraigo y su nostalgia.

Esa conciencia de lucha colectiva en la que había crecido le hacía mirar con cierta superioridad a sus vecinos y compañeros sirios, incluso a los más queridos. No concebía cómo aquel pueblo, su pueblo de acogida, podía soportar desde hacía tantos años el yugo de la familia Asad sin oponer resistencia. Los sirios permitían que los pisotearan, que los espíasen, que los manipulasen, que les lavasen el cerebro, generación tras generación. Que les dictasen cómo pensar, cómo vivir, cómo

respirar. Lector infatigable de la sección internacional de los periódicos, Mazen estaba convencido de que antes se levantarían los norcoreanos que los sirios. Por eso, cuando percibía alguna mirada de altivez mal disimulada, como las de la Barbie del Baramke y su hija de ojos de muñeca, Mazen se recreaba en el contraste entre ser palestino y tener una causa y ser un botarate de mirada vacía, como tantos que se cruzaba a diario.

Esos eran sentimientos comunes en Yarmuk, el mayor campamento de refugiados palestinos del país. Aunque había surgido en lo que eran las afueras de Damasco en 1957, el *mujayam* se había expandido hasta convertirse en una extensión del centro de la ciudad. Un barrio, ya sin tiendas de campaña ni chabolas, que de campamento sólo mantenía los orígenes. A finales de 2010 lo poblaban más de cien mil habitantes, buena parte de ellos sirios de otras zonas atraídos por el crecimiento económico del barrio, un núcleo de actividad vibrante, con bulevares plagados de tiendas de ropa, mercados de fruta y verdura, papelerías, talleres de coches, peluquerías, colegios y hospitales. Convivían en el barrio los vecinos de la zona popular de Daf al Shouq con las viviendas de clase media del mercado de Lubia y la calle Yarmuk. Sin embargo, a ojos de gran parte de la clase media-alta damascena, los suburbios eran un todo homogéneo que permanecía fuera del radar y al que jamás se le ocurriría asomarse.

Durante años el régimen sirio se había beneficiado del fervor popular que despertaba la cuestión palestina esforzándose en presentarse como el adalid de la resistencia contra Israel; gracias a eso, los refugiados palestinos habían logrado un margen de libertad del que carecían los sirios.

Mazen recordaba con nostalgia los largos viajes en autobús a mediados de los noventa para los entrenamientos militares organizados por el Comando General de la Organización para la Liberación de Palestina, recorriendo escarpadas montañas hasta llegar a Trípoli, mientras cantaban a voz en cuello el himno palestino. *Fida'i, fida'i, fida'i...* La camaradería, la organización en patrullas de limpieza y cocina, la sensación de pertenencia, incluso los madrugones para aprender a preparar cócteles molotov con zumo de mango y a manejar Kaláshnikov más largos que su brazo. Se les recordaba que eran palestinos y que algún día regresarían a su tierra, agradecidos por la cálida acogida que les habían brindado sus hermanos sirios en la lucha contra el sionismo.

«¿Quiénes somos? ¡Palestinos! ¿Contra quién luchamos? ¡Contra el ente sionista! ¿Quién es nuestra madre? ¡Palestina! ¿Quién es nuestro enemigo? ¡El ente sionista! *Fidaaaaa'i, fidaaaaa'i! Fida'i, ya shaabi ya shaab el julud...*».

A los gritos de autoafirmación seguían horas mágicas en torno a la hoguera, masticando jugosos bocados de *shish kebab*, escuchando relatos heroicos y entonando canciones que, por muchos años que pasasen, Mazen sabía que recordaría siempre.

Aquellos campamentos creaban lazos entre jóvenes que disfrutaban de un margen de libertad de expresión que los sirios no conocían. La supervisión del régimen sobre ellos no era absoluta y había innumerables ocasiones para departir libremente. Se hablaba, se discutía, se leían y comentaban libros traídos de Líbano, se reflexionaba sobre el país, la región, la política nacional e internacional de un modo impensable en el resto del país.

Nacido de ese mismo espíritu, Mazen formó en 2003 junto con un grupo de amigos del barrio una asociación para organizar actividades con la mayor independencia posible. La bautizaron como Centro Juvenil Palestino de Jafra. Lo que comenzó como un proyecto de un puñado de chavales de último año de bachillerato se convirtió con el tiempo en un centro de referencia que colaboraba con la Unesco y la UNRWA en talleres de cine, cursos de idiomas, exposiciones, clubes de lectura y teatro para niños, además de cursos de informática, diseño gráfico y programación. Desde 2008 operaban en los otros barrios palestinos, desde Hayar Aswad y Sbeineh hasta Tadamon y Khan Eshieh, y Mazen Said era director de proyectos cofinanciados por la UNRWA, una ocupación que lo acercaba a su sueño de abandonar un día Siria y emigrar a un país en el que sentirse verdaderamente libre. Y fue gracias a su trabajo como conoció a Hilde.

El beso

Antes de 2010, la experiencia de Mazen con las mujeres se había limitado a un par de noviazgos igualmente decepcionantes, el primero con una vecina del barrio y el segundo durante los años de la universidad.

De Suheila se había enamorado durante las clases de primaria en el colegio de Abdel Qader al Husaini. Compartieron pupitre durante años en los que la amistad dio paso a miradas furtivas y roces eléctricos. En la secundaria los habían separado por sexos, pasando ella al instituto femenino de Yarmuk y él a la escuela secundaria para chicos del Baaz.

Dejaron de verse a diario, pero continuaron cruzándose por el barrio. Una tarde de primavera de 1999,